

Indicadores de cultura

Editoriales universitarias, ¿tienen futuro?

(tercera y última parte)

GERARDO OCHOA SANDY

En *Producción editorial de las universidades mexicanas*, Virginia Careaga Covarrubias dedica un apartado al “Estudio sobre la situación actual y perspectiva de las editoriales universitarias en México”. El reporte, fechado en 2004, forma parte de una investigación en curso y se limita a seis instituciones de investigación superior: el Centro de Investigación y Desarrollo, A.C. (CIAD), la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH), la Universidad de Colima (UCOL), la Universidad de Sonora (UNISON) y la UNAM (Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial). Era, en ese momento, un muestreo inicial y relevante, pues se detenía en aspectos cruciales y arrojaba datos consistentes para la conformación de indicadores confiables. La falta de recursos y el insuficiente apoyo institucional eran los retos que enfrentaba la autora.

En un primer aspecto, el presupuesto de los años 2001 y 2002, las cifras son elocuentes. La UCOL contó con \$500,000 dólares en ambos años. Le siguió la UNAM, con cifras parciales de \$353,970 y \$206,137, para un promedio de \$280,053. Es verosímil suponer que la UNAM ocupaba el primer lugar, pero el dato se ajusta a la información proporcionada por la máxima casa de estudios. Luego la UNICACH: \$109,843 y \$115,630, un promedio de \$112,736. La UNISON, con \$12,000 dólares cada año. El CIAD no

tuvo un presupuesto asignado y la UACJ tuvo una cantidad no definida, pues se distribuye a través de varias instancias. Los recursos, así, son insuficientes, o no se cuenta con ellos, o están repartidos aquí y allá. A la fecha de la investigación, en tanto, la UNAM contaba con 105 áreas editoriales, un consejo asesor de patrimonio editorial y un comité editorial por dependencia. La UNISON, con siete áreas editoriales; la UCOL con cuatro, y las tres restantes —el CIAD, la UACJ y la UNICACH— con una.

Aun con cifras parciales, la UNAM fue la que más publicó: 49 títulos en 2001 y 61 en 2002 —110 títulos en total— (cifras de Fomento Editorial, que distribuye y publica lo que se le solicita, pues cada dependencia dentro de la Universidad cuenta con su área de publicaciones). Luego, la UACJ: 28 y 33 (61). Le sigue la UCOL, que publicó 22 y 26 (48). La UNISON, 24 y 19 (43). El CIAD, en tanto, 10 y 5 (15). Al final la UNICACH, 1 y 10 (11).

La revisión de los fondos editoriales y de las colecciones o series, según los nuevos títulos, coediciones, reimpressiones y nuevas ediciones, arroja variaciones notables. El catálogo de la UNAM es de 7,364 títulos (cifra parcial). La UACJ contaba con 250, la UNICACH con 116, la UNISON con 100 y el CIAD con 26 —la UCOL no reportó. El total, al 2002: 7,856 títulos. Los libros son en su mayoría materiales didácticos, cuadernos de apoyo a la docencia, tesis e investigaciones, y gacetas, órganos informativos y publicaciones periódicas. En la mayoría de los sellos predominan las ciencias sociales y las humanidades, la ciencia y la tecnología y los libros de interés general, si bien hay también literatura, arte, derecho, arquitectura y urbanismo. No se reportan datos sobre los libros de texto, salvo en los casos de la UCOL, donde la mayoría de los títulos constituyen la bibliografía básica para las materias que imparte, y de la UNISON, donde 23 de sus 100 títulos son lecturas obligatorias. La UNAM, por supuesto, incluye un espectro mucho más amplio, desde obras generales hasta al menos 30 disciplinas del conocimiento.

24

EstePaís cultura



La mayoría de las instituciones consultadas se ocupan de sus procesos editoriales: preparación del original, corrección, fotografía, diseño, negativos, diagramación, impresión y encuadernación. En los casos del CIAD y la UNICACH, la mayor parte de la faena editorial es externa. Sólo la UNAM y la UNISON cuentan con talleres. La UNICACH y la UCOL tienen equipos de impresión pero de otro tipo de materiales, como folletos, cuadernos y papelería universitaria.

Los criterios para la determinación de precios son laxos. La UNAM, en ese entonces, multiplicaba el costo del libro por 3 ó 3.5. La UNICACH definía el precio al público a partir del costo de impresión más un 80 por ciento. La UCOL aumentaba el 30% al costo de producción. La UNISON aplicaba incrementos por costos de promoción. El CIAD se basaba exclusivamente en el costo de producción y la UACJ no había definido un criterio aún. Las instituciones consultadas vendían sus libros tanto directamente —en efectivo, cheque o tarjeta de crédito— como por consignación, aunque no se precisan porcentajes. La UNAM es la que cuenta con el más amplio espectro de distribución: su propia red de librerías y distribuidores, y ferias del libro nacionales e internacionales. La UCOL contaba con seis librerías, una por campus, más una en la Ciudad de México. La UACJ, la UNICACH y la UNISON, con una librería propia cada una. El CIAD acude a librerías locales. Salvo la UACJ, que recurre a un servicio externo, estas entidades distribuyen por cuenta propia.

El estudio estaba en curso, como ya acotamos. Sea como sea, la muestra da sustento a algunas suposiciones que se han asumido como ciertas. Desde el punto de vista editorial, la UNAM está en un nivel, luego hay una brecha y sigue el resto de las editoriales. Es probable que algunas instituciones de educación superior no consultadas todavía cuenten con programas editoriales más asentados y

Fondos editoriales al 2002	
UNAM:	7,364 títulos
UACJ:	250 títulos
UNICACH:	116 títulos
UNISON:	100 títulos
CIAD:	26 títulos
UCOL:	no reportó
Total:	7,856 títulos

que pudieran acercarse, parcialmente, al de la máxima casa de estudios. La percepción general, sin embargo, no variaría. En México, acaso la única universidad con capacidad de competencia editorial es la UNAM. Y, aunque no figura en el reporte, se sabe que nuestra universidad enfrentaba un problema de distribución que se traducía en una cifra elevada de libros en bodega.

Aventuremos algunas conjeturas. De entrada, la función del libro universitario. Es claro que las publicaciones deben orientarse a su lector natural: el estudiante, el profesor y el académico. El estudiante requiere de lecturas que consoliden su formación, el profesor de aquellas que le ayuden en su función, el académico de aquellas que contribuyan a consolidar su trayectoria. Nos referimos, en los tres casos, a públicos acotados. Las políticas editoriales de las universidades deben ocuparse esencialmente de esas tres áreas. Ante esto, ¿es necesaria la publicación, por la vía impresa, de los títulos universitarios, al menos en la situación de México? Dado el rezago, parecería que no. ¿Qué impide entonces la apuesta por las publicaciones electrónicas?

Por una parte, los derechos de autor. La constitución de una base de datos, sometida al pago de una cuota, ayudaría a resolver el asunto y eliminaría el costo de impresión. Es previsible que, orillados por una precaria situación económica, los estu-

diantes se organizaran para hacer el pago de la consulta de una copia que luego sería reimpressa por varios más. Ese problema se enfrenta en la actualidad con la alta demanda de fotocopias y sin el ahorro, para las editoriales universitarias, de los costos de producción. Aun así, ¿cobran los autores de libros universitarios regalías que constituyan una relevante fuente de ingresos? Si así fuese, se puede establecer un filtro en otro nivel. Los maestros pueden solicitar a los estudiantes el documento que compruebe que accedieron a la base de datos y pagaron la cuota. Es un control excesivo, sin duda; sólo tratamos de llevar la cuestión a una situación extrema.

Los académicos, por su parte, requieren de las publicaciones para sus puntajes, que les reportan avances en sus trayectorias. La publicación electrónica debería alcanzar, pues, el estatus que tiene la publicación impresa. Las editoriales universitarias en México, así, se limitarían a aquellos libros que cumplieren los criterios de excelencia y se dirigieran a la vez a públicos más amplios, la única alternativa que tienen para competir en el mercado editorial. En fin, hay muchos más temas sobre los cuales reflexionar. Lo que sigue es abrir la discusión, al interior de las propias universidades. Nuestros profesores y académicos sin duda podrían aportar soluciones más creativas. No hay que temerle a la imaginación. ~